

INTRODUCCIÓN

0

El día en que el fútbol detuvo
la Primera Guerra Mundial





Hay fútbol y fútbol. Hay partidos y partidos. Todos empiezan cuando el árbitro hace sonar el silbato, muchos terminan después de cumplidos los noventa minutos (que en nuestros días, en que el tiempo añadido es larguísimo, pueden llegar a cien), sin que nadie guarde de ellos ni el más leve recuerdo. ¿Cómo fue el partido? ¿Quién ganó? ¿Qué se jugaban? Preguntas que quedan en el aire, esperando una respuesta que no llega.

Y, sin embargo, puede ocurrir que hasta el más anónimo de los partidos se cruce con la Historia, escrita con hache mayúscula; que cambie el destino de una persona, de una comunidad, de un país, tal vez sin que lo sepan quienes lo disputan. Basta con muy poco: un disparo que acaba en el poste en vez de entrar en la portería, el pitido (o el no pitido) del árbitro, las decisiones de un entrenador. Pero también el contexto de la época, la política que se convierte en régimen y explota para sus propios fines el deporte más practicado del mundo.

El fútbol puede ser el factor desencadenante (o una de las causas) de una guerra, pero también puede tener el

efecto contrario, es decir, el de interrumpir un conflicto, aunque solo sea durante unas horas o unos días. Sucedió en plena Primera Guerra Mundial. La «Tregua de Navidad», una historia que parece sacada de una novela, pero que cuando se revive a través de los testimonios de quienes la conocieron, nos damos cuenta de que debe tener mucho de verdad.

Justamente ahí es donde comienza este libro, en las Navidades de 1914. El inicio de un viaje que nos llevará hasta nuestros días, pasando por otras guerras, como la de los Balcanes. A cuya génesis, según algunas teorías, no habría sido ajeno un partido de fútbol. Y en el medio, otras historias que nos hablan no solo de guerras, sino también de dramas personales y colectivos, de muertes nunca del todo esclarecidas, de sueños que se hacen añicos contra el muro de la razón de Estado. Si no hubiera sido por un caballo y por quien lo montaba, el estadio de Wembley, abarrotado por 250.000 personas, habría sido el escenario de una tragedia cien veces peor que la de Heysel. La única diferencia fue el detonante: no la locura asesina de los *hooligans* ingleses, como en los años ochenta del siglo pasado, sino, mucho más sencillamente, la actitud errática de quienes habían organizado el acontecimiento, la final de la Copa de Inglaterra de hace cien años.

Cuando viajo a Turín para mi compromiso laboral de los domingos, no puedo evitar dirigir la mirada hacia la Basílica de Superga. Siempre acabo pensando lo mismo: si el piloto del avión en el que viajaba el Gran Torino a su regreso de Portugal hubiera mantenido una altura de vuelo cincuenta metros mayor, no se habría producido el accidente que acabó con el equipo más poderoso que

jamás haya dado el fútbol italiano. Pero no solo eso. Si el Torino hubiera perdido cuatro días antes contra el Inter de Milán, el viaje a Lisboa nunca se habría producido, y la Basílica de Superga continuaría siendo un lugar de culto como tantos otros, en lugar del destino de peregrinación de miles de aficionados al fútbol, granotas o no. Aquel magnífico equipo habría podido seguir siendo fuente de inspiración para un país que lo había convertido en un símbolo de redención tras las miserias de la guerra. Aquí, pues, el protagonista de nuestra historia pasa a ser el jugador del Inter de Milán, Lorenzi, con sus remordimientos por no haber materializado en gol al menos una de las ocasiones que tuvo.

Benito Lorenzi y después Matthias Sindelar, Viktor Ponedelnik, Carlos Caszely, Lutz Eigendorf, Wim van Hanegem: personajes quizás no siempre conocidos por el gran público, que acompañarán al lector a lo largo de un siglo repleto de historias. Buscar un hilo conductor entre un capítulo y el siguiente es un esfuerzo inútil. Se trata simple y llanamente de once historias más una, la única que se adentra en el siglo veintiuno. Habla sobre terrorismo, sobre el ISIS, sobre la yihad islámica: París, 13 de noviembre de 2015. También en aquella ocasión se celebraba un partido de fútbol, cuyos protagonistas eran las selecciones de Alemania y Francia. Lo que queda, al final, es la sensación de que el fútbol no es solo una competición en la que hay que marcar un gol más que tu adversario. Arrigo Sacchi lo definió como «la más importante de las cosas menos importantes». Y tenía razón.

LA TREGUA

1

El día en que el fútbol detuvo
la Primera Guerra Mundial



El partido: Sachsische Infanterieregiment -
Lancashire Fusiliers

Resultado: 3-2

Cuándo: 25 de diciembre de 1914

Dónde: Frente Occidental,
probablemente cerca de Ypres

Como por arte de magia, el viento ha dejado de soplar. Ha dejado incluso de llover. El cielo está por fin despejado, tan despejado que dan ganas de contar las estrellas una a una. Hace frío, pero lo más molesto es el barro que penetra en las botas y entra en contacto con los pies. Ay, cielos, pero aún hay más. Cuando avanzas por la trinchera o te internas aún más en lo que todo el mundo llama «tierra de nadie», puedes tropezar con algo macabro. Son los cuerpos putrefactos de compañeros de armas que llevan días muertos, en algunos casos incluso semanas. Ya prácticamente nadie repara en ellos. El hielo ha cubierto las marcas de las heridas mortales en los cuerpos de esos pobres diablos.

Es la guerra. Esa guerra que no se sabe por qué empezó y que, sobre todo, nadie sabría decir cuándo terminará. Diciembre de 1914, Frente Occidental. Una franja de tierra que discurre desde los Alpes suizos hasta el Mar del Norte: cientos de kilómetros, decenas de miles de soldados. Los alemanes en el papel de invasores, los belgas y

los franceses defendiendo sus respectivas fronteras con la ayuda de los ingleses. Chicos de veinte años, a veces incluso menos, a quienes en septiembre se les había dicho que «como muy tarde en Navidad todo habrá terminado y ya habréis vuelto a casa». ¿Navidades en casa? Tal vez, pero, ¿de qué año? Desde luego, no las de este. La guerra de movimientos se ha convertido ya en una guerra de posiciones. Ninguna de las dos partes es capaz de ganar terreno de manera considerable. Y mientras tanto, la gente muere.

El fútbol, en aquel año de 1914, se acercaba al medio siglo de existencia. El fútbol «de verdad», el organizado y codificado con reglas aceptadas (más o menos) por todos. La FA Cup, la Copa de Inglaterra, el primer trofeo oficial, se disputaba desde 1872. Luego vinieron los enfrentamientos entre selecciones nacionales: primero las de los equipos que representaban a las distintas federaciones británicas, luego todas las demás. El lunes de Pascua de 1908 fue el día del primer enfrentamiento entre Alemania e Inglaterra. Para ser más precisos, se trataba de una selección de jugadores amateurs ingleses reunidos un poco de aquella manera, que se subieron a un ferry y luego a un tren con destino a Berlín. Fue más que suficiente para ganar 5-1 e infligir una lección de fútbol a unos desprevenidos alemanes. El año siguiente, el partido se repite en Oxford, y el abismo futbolístico entre los dos contendientes se acrecienta aún más. Desde Alemania viajan diez jugadores: el undécimo, Willy Baumgärtner, vive en Londres y espera a sus compañeros en el campo. El partido finaliza 9-0, y las crónicas recogen la extraordinaria actuación del guardameta alemán, Adolf Werner, tan extraordinaria que al final del partido es llevado en volandas por los propios ingleses y se lleva el balón a casa, como ahora cuando el delantero marca tres goles. Como queriendo decir que con otro portero el partido habría terminado 15-0.

Faltaban solo cinco años para que estallara la Primera Guerra Mundial y, sin embargo, nadie podía ni mucho menos imaginar la carnicería a la que estaba a punto de enfrentarse Europa. El emperador alemán Guillermo II, por ejemplo, era coronel honorífico de los Dragones británicos: en 1914 incluso había asistido a la semana de la vela en Kiel, y se había hecho fotografiar vistiendo un uniforme de almirante británico. Poco después llegaría el atentado de Sarajevo, y por un complicado entramado Alemania y Gran Bretaña se encontrarían en bandos opuestos. ¿La victoria por 9-0 en Berlín? ¿Los parados de Werner? A saber quién se acordaría de todo ello. De hecho, quién sabe cuántos de los protagonistas de aquel partido serían enviados a luchar y a morir en la guerra.

El área geográfica en cuestión se sitúa en torno a la ciudad de Ypres, en la región de Flandes. Allí se celebra desde hace dos años una carrera ciclista que con el tiempo se volverá mítica. Tras la Segunda Guerra Mundial, Fiorenzo Magni pasaría a la historia con el apodo de «León de Flandes», gracias a sus tres victorias consecutivas en el Tour homónimo. Ahora, sin embargo, los leones son otros. Son esos pobres diablos cuyo único objetivo cotidiano es salvar el pellejo. Los más afortunados lo consiguen, y los demás cierran los ojos para siempre.

El balance de la guerra, en vísperas de Navidad, resulta escalofriante: 160.000 ingleses muertos, 300.000 alemanes y otros tantos franceses. Todo esto en apenas unas pocas semanas. Una carnicería que para quienes han sido enviados a morir carece de explicación. Cuando la guerra terminara, Winston Churchill diría de Ypres que «no hay

* Dragoon Guards es el nombre con el que se conoce a ciertos regimientos de caballería pesada del ejército británico desde el siglo dieciocho. (Esta y las demás notas son del traductor)

ciudad en el mundo más sagrada para la raza británica». Entre otras cosas porque al final del conflicto se habrían librado allí cuatro batallas, que reducirían la ciudad a un montón de escombros. En 1927 se erigiría un monumento en cuyos muros figurarían los nombres de 25.000 soldados británicos que no recibieron sepultura porque no había quedado nada de sus cuerpos.

En este clima, tal vez debido a la llegada de la Navidad, a muchos les gustaría decir basta. Sobre todo aquellos soldados rasos que se han dado cuenta de que tienen más en común con los soldados rasos del ejército enemigo que con sus propios comandantes en jefe. Pero convencer a los generales de que depongan las armas es inviable: si estallara la paz, muchos de ellos no servirían para nada, y por tanto, se quedarían sin trabajo. Además, no todos, incluso en el corazón de las trincheras, piensan igual. En el ejército alemán se ha creado una verdadera fractura, ya que las unidades prusianas de ningún modo quieren pactar con el enemigo. Sus camaradas de las regiones de Baviera y Wurtemberg son otra historia: halcones contra palomas, se podría decir.

Pocas semanas antes de Navidad se produce un ensayo general de tregua. Los alemanes bajaron las armas y los británicos hicieron lo mismo. Solo que, por detrás de las tropas alemanas «buenas», aparecieron de repente las «malas» y comenzaron a disparar. Y ha sido una masacre.

¿Parar el fútbol por la guerra? Ni por asomo. Al menos en Inglaterra, donde la vigesimoséptima temporada de la Football League había comenzado con normalidad el 1 de septiembre de 1914. Fórmula habitual:

veinte equipos, partidos de ida y vuelta, treinta y ocho jornadas. Todos con el objetivo de desafiar al Blackburn Rovers, vigente campeón. Sin embargo, como otros deportes habían preferido parar sus competiciones, la decisión había generado mucha polémica. Los periódicos publicaron cartas en las que se atacaba a clubes, jugadores y espectadores: el fútbol, a ojos de muchos, estaba restando recursos humanos que podrían destinarse a combatir al enemigo alemán. A los ataques frontales de muchos lectores se sumaron los del mundo de la política y de la cultura. Sir Arthur Conan Doyle, el «padre» de Sherlock Holmes, escribió: «Ha habido un tiempo para todo, pero ahora solo hay tiempo para la guerra. Si un futbolista cuenta con extremidades poderosas, debe utilizarlas para marchar por el campo de batalla». Palabras, dicho sea de paso, de un gran aficionado al fútbol. De un modo u otro, la temporada seguía su curso, pero las cosas estaban cambiando. La percepción de lo que estaba ocurriendo al otro lado del Canal, donde tantos muchachos perdían la vida en los campos de batalla, estaba cambiando. Y esto no era algo que se pudiera ignorar. Se organizaron así campañas de recaudación de fondos, y varios clubes cedieron sus instalaciones para la realización de ejercicios militares. Sin embargo, el verdadero punto de inflexión coincidiría con la creación del Football Battalion, el Batallón del Fútbol, una unidad adscrita al 17º Batallón de Middlesex e integrada por jugadores profesionales y seguidores de los distintos clubes, atraídos por la perspectiva de participar en sesiones diarias de adiestramiento junto a sus ídolos futbolísticos. Entre los primeros en alistarse estaba Frank Buckley, que no era un futbolista cualquiera: jugaba en el Derby County y en febrero de ese mismo 1914 había tenido incluso el honor de vestir la camiseta de la selección nacional.

En poco tiempo empezaron a aparecer balones de fútbol a bordo de los ferris que cruzaban el Canal de la Mancha. Los oficiales de mayor rango eran muy conscientes de que un partido de fútbol de vez en cuando podía servir para mantener alta la moral de las tropas. Era como contemplar

escenas vividas hacía medio siglo, cuando de los puertos ingleses partían barcos con destino a Génova, Barcelona, Marsella o Buenos Aires: iban cargados de obreros que recorrían medio mundo para construir el ferrocarril, pero también de balones de fútbol para practicar su pasatiempo favorito. Ahora, sin embargo, el contexto era netamente distinto.

El silencio tiene algo de antinatural, casi milagroso, sobre todo si se compara con la triste banda sonora de aquellas semanas. Días marcados por el ruido ensordecedor de las ametralladoras, por el estruendo de las minas que explotan con su carga de muerte, por los gritos agónicos de quienes están a punto de dar su último suspiro. Solamente silencio, en una y otra trinchera.

Entonces, de repente, desde el lado alemán se alzan las notas de una canción, *Stille Nacht, heilige Nacht*, «noche silenciosa, noche santa». Si no estuviéramos en guerra, sería la cosa más natural del mundo. Faltan pocas horas para Navidad y esa canción, que en Alemania todo el mundo se sabe de memoria, es un himno al nacimiento de Jesús. Pero eso no es todo: los centinelas británicos se dan cuenta de que en la trinchera enemiga se están encendiendo muchas lucecitas. Podría tratarse del aviso de algún ataque nocturno, pero en realidad son las velas que los soldados han colocado en unos arbolitos para celebrar la festividad. *Good, old Fritz**, «¡bien hecho!», gritan los súbditos de Su Majestad. Y entonces los alemanes

* Fritz es la forma breve y familiar de Friedrich, nombre muy común en Prusia (varios emperadores se llamaban así, como Federico el Grande). Durante la Primera Guerra Mundial se convirtió en un término coloquial utilizado por los soldados de la Triple Entente para referirse de forma burlesca a los soldados alemanes.

sueltan: *We don't shoot, you don't shoot* («Nosotros no disparamos, vosotros no disparáis»). Propuesta que es aceptada, tras unos momentos de comprensible desconfianza. Los protagonistas no lo saben, pero están a punto de escribir una página en la historia.

Porque habrá tregua, y será una tregua desde abajo. Los altos mandos de los respectivos ejércitos no saben nada, el *copyright* corresponde a esos pobres infelices que han sido enviados al abismo en esta sucia guerra. Y, por cierto, que a nadie se le ocurra contárselo a sus superiores, porque se les aplicarían castigos muy severos. Aquí se ha venido a matar al enemigo, no a confraternizar con él. Y, sin embargo, el milagro se produce. Las armas callan, y todo gracias a esos maravillosos muchachos de Múnich y Mánchester, de Liverpool y Hamburgo. Antes que ellos, también lo había intentado Benedicto XV, pero había sido en vano: el llamamiento del Papa a una Navidad sin combates («que los cañones callen al menos en la noche en que cantan los ángeles») había caído en saco roto.

En algunos puntos del Frente Occidental, la tierra de nadie es una lengua de terreno de tan solo unas decenas de metros de ancho. Esto significa que de una trinchera a otra se puede hablar fácilmente. Y como no son pocos los muchachos alemanes que chapurrean inglés, el diálogo puede tomar forma de algún modo. Pocas, sencillas palabras: «*Happy Christmas*», «*Frohe Weihnachten*». Palabras que salen del corazón. Luego sobreviene el cansancio. Mañana será un día especial.

Se calcula que en 1914 había en Gran Bretaña unos dos mil futbolistas profesionales, y que otros tantos podían ser catalogados como

«semiprofesionales». El fútbol se estaba transformando. Décadas atrás, era un pasatiempo circunscrito a los colegios privados y reservado a los vástagos de la alta burguesía. Se jugaba para divertirse y nada más. Sin embargo, desde hace unos años, la perspectiva de unos ingresos fáciles y lucrativos atrae también hacia este deporte a los hijos de las clases más humildes.

El campeonato de liga de la temporada 1914-1915 acabaría siendo completado de un modo u otro; sería el Everton quien se alzaría con el título. Una liga a todas luces distinta de las que la habían precedido, disputada con el objetivo de mantener alta la moral del país, para que la gente pudiera pensar en otra cosa que no fuera la guerra y su reguero de muertes. Razonamiento discutible: las noticias del frente llegaban igualmente, y dejaban poco margen para el optimismo. Los soldados, para más inri, escribían a sus familias expresando su decepción por encontrarse en las trincheras arriesgándose a morir mientras sus coetáneos pasaban el tiempo jugando al fútbol. Y encima siendo pagados por ello. Es cierto que la creación del Batallón de Fútbol tuvo cierto éxito, pero al final sus efectivos no acabaron teniendo demasiada importancia. Durante los partidos de liga, en el descanso, un oficial se situaba en el centro del campo e invitaba a los aficionados a que bajaran de las gradas y firmaran para alistarse. No fue una gran idea. La inmensa mayoría se mostró escéptica hasta el punto de pedir al rey Jorge V, primer soberano que había mostrado interés por el fútbol, que retirara su apoyo a la FA Cup. Cosa que no ocurrió.

La escena ha sido reconstruida en numerosos cortometrajes dedicados a las primeras Navidades de la Gran Guerra, y diversos testimonios han contribuido a hacerla más que verosímil. Mañana del 25 de diciembre. De entre las nieblas de la trinchera alemana asoma un soldado. Levanta las manos y las mantiene bien a la vista. En su

rostro se dibuja el miedo: sabe perfectamente que es un blanco fácil para los francotiradores enemigos. Los británicos observan a través de sus prismáticos, sin dar crédito a lo que ven. Salta la alarma, basta una señal y todo habrá acabado para ese pobre muchacho. «Todo el mundo quieto, está desarmado», son las palabras que salvan la vida del valiente soldado. Sirve para que otros alemanes salgan a su vez de las trincheras con los brazos en alto: diez, cien, mil. Los británicos hacen lo mismo, primero con cautela y luego con decisión. El miedo da paso a las sonrisas. Se estrechan las manos. La tierra de nadie parece la plaza del mercado. «Perdonad, si nosotros somos sajones y vosotros anglosajones, ¿por qué tenemos que dispararnos unos a otros?».

Todo empieza con las felicitaciones navideñas y continúa con el intercambio de regalos. ¿Regalos? Sí, también los hay. Nada que ver con el tradicional intercambio de regalos bajo el arbolito de casa; aquí hay que conformarse con lo que llega. Los alemanes, entre otras cosas, traen un barril de cerveza, los británicos responden con su *Christmas pudding*, el pudín navideño. Luego llegará el turno de los puros y los cigarrillos (en el frente todo el mundo fuma: es también una forma de atenuar el insoportable olor de los cadáveres en descomposición), los licores y los botes de carne y mermelada. Uno de los objetos más codiciados son los uniformes del ejército enemigo, si todavía tiene sentido llamarlo así, o incluso solo partes del uniforme. El capitán Bruce Bairnsfather, que acabada la guerra se convertiría en uno de los dibujantes británicos de mayor éxito, contaba: «Me fijé en un oficial alemán y me puse a hablar con él. Le dije que me había quedado

prendado de los botones de su uniforme. Agarré unos alicates, corté un par de sus botones y me los guardé en el bolsillo; luego hice lo mismo con mi uniforme y le di dos de mis botones». Fue con pequeños gestos como este como se extendió, como una mancha de aceite, la paz desde abajo. De una trinchera a otra, la gente habla, confraterniza. Si en la vida normal hay alguno que trabaja como peluquero se pone aquí a disposición de todo aquel que le pida un rápido corte de pelo. Compatriotas o enemigos, lo mismo da.

«Chicos, ¿alguno de vosotros tiene un balón?». No sabemos, y nunca sabremos, cómo surgió la idea. Naturalmente, en aquel frenesí de palmadas en la espalda e improvisado intercambio de regalos, alguien debió de pensar en el football, en el fussball, en aquel maravilloso deporte que se estaba abriendo paso entre las jóvenes generaciones a ambos lados del Canal de la Mancha.

Se jugó un partido, tal vez hasta más de uno. Debemos basarnos en el testimonio de quienes estuvieron allí. Por ejemplo del de Bertie Felstead, oriundo de Londres, nacido en 1894. Según confiesa, no era muy bueno con el balón en los pies, pero aquel 25 de diciembre de 1914 aceptó sin vacilar la propuesta de improvisar un partido. Hablaría de ello muchas veces después de la guerra, en los muchos años que le quedaban de vida. Murió en 2001, a la longeva edad de 106 años, y un perfil biográfico suyo apareció en el News of the World Football Annual, una especie de almanaque del fútbol británico. Nada mal para alguien que, aparte de aquella Navidad, no volvió a jugar un partido en su vida. Un club alemán, el MSV Duisburgo, también le rindió homenaje en su página web: «En lugar de disparar, decidió jugar y celebrar. Mientras exista el fútbol y personas como Bertie, siempre habrá esperanza para la humanidad».

Felstead no es el único que habló de ese partido, ni de otros que se habrían disputado ese día. También hay indicios de que se jugó al fútbol en el testimonio de Ernest «Ernie» Williams, quien además relata haber participado en un partido en plena tierra de nadie; es difícil saber si se trataba del mismo partido que el de Felstead o de otro.

El Felstead alemán, por su parte, se llamaba Johannes Niemann: era teniente del 133º Regimiento de Infantería de Sajonia, y en el diario que llevó durante el conflicto reveló más detalles de aquel partido de fútbol del 25 de diciembre. Precisamente porque se trata de un testimonio escrito, habría que creerle.

La única certeza que tenemos es la fecha: viernes 25 de diciembre de 1914, día de Navidad. Los detalles tal vez sean poco precisos, pero ese día ocurre algo importante. Se juegan partidos, o algo parecido, en un radio de cincuenta kilómetros alrededor de Ypres. El balón comienza a rodar tras el intercambio de regalos y después de haber dado sepultura a los numerosos soldados que habían muerto en las semanas anteriores. Al principio se habían previsto ceremonias diferentes según la nacionalidad, pero luego bastó con mirarse a los ojos: era mejor recurrir a las fosas comunes y, sobre todo, a un único funeral, con el capellán rindiendo homenaje a los soldados caídos ante oficiales y soldados rasos en un idioma y en otro. De esos pobres desgraciados quedan las insignias militares y las carteras, que se guardan celosamente a la espera de poder entregárselas a sus familias. En lo posible, también hay acompañamiento musical: gaitas escocesas, armónicas alemanas.

Reconstruir lo que ocurrió después, es decir, cuando empezó a jugarse al fútbol, como hemos dicho no es fácil.

Intentemos establecer algunos hechos seguros. El partido al que se refieren Bertie Felstead y Johannes Niemann enfrentó a una selección de los Lancashire Fusiliers ingleses con refuerzos galeses (Welsh Fusiliers) y escoceses (Seaforth Highlanders), por un lado, y a una selección del 133º Infanterieregiment de Sajonia, por otro. Al parecer, algunos de los alemanes habían recorrido Escocia el año anterior, enfrentándose y venciendo al conjunto del Celtic de Glasgow. Un importante precedente que sentó las bases para una especie de «revancha».

El balón lo ponen los británicos, no hay árbitro, ni porterías tampoco: en lugar de postes, se ponen gorras y cascos. El límite del terreno de juego coincide con los militares que asisten al partido. La duración del encuentro varía según las fuentes. Felstead relata: «Al cabo de unos treinta minutos apareció un oficial y empezó a gritar en tono amenazante que estábamos allí para luchar contra los hunos, y no para entablar amistad con ellos». Otros, sin embargo, cuentan que el final del partido habría llegado al cabo de una hora, anunciado por un siniestro disparo de cañón.

Media hora, una hora: ¿Acaso cambia gran cosa? Mucho más sugerente es detenerse en un detalle que encontramos en varios testimonios de la época: cuando un jugador cae al suelo, son sus propios adversarios quienes le ayudan a incorporarse, tarea nada sencilla habida cuenta de que sus botas pesan muchísimo debido al barro, y de que su abrigo está empapado por el agua que había caído el día anterior. Una hermosa lección de *fair play*. Johannes Niemann escribe en sus memorias: «El terreno estaba helado, lo que volvía difíciles las jugadas más sencillas. La

pelota salía rebotada muy lejos e ir tras ella era toda una hazaña. Pero todos, jugadores y espectadores, estábamos dominados por una pacífica camaradería en nombre del deporte».

Sí, pero, ¿al final quién ganó? Los primeros en dar la noticia del resultado fueron el *New York Times*, en su edición del 1 de enero, citando a un oficial de un regimiento británico sin especificar: han vencido los alemanes, sin precisar el resultado. El teniente Niemann es más preciso: 3-2 para el regimiento de infantería de Sajonia. El mismo resultado aparece en el diario de los Lancashire Fusiliers. Con una observación: el gol del definitivo 3-2 debería haber sido anulado, tal vez por fuera de juego. No es que en el fútbol todo haya ido como la seda entre ingleses y alemanes. Unas décadas más tarde, vendría la polémica por el gol fantasma de Hurst en la final del Mundial de 1966, y el gol invisible de Lampard en el Mundial de Sudáfrica de 2010.

Quedan preguntas por responder. Una en particular: ¿Podemos estar realmente seguros de que eso fue lo que ocurrió, de que ese y otros partidos efectivamente se disputaron? ¿Y si todo hubiera sido producto de la imaginación de unos muchachos que, a fuerza de ver morir a sus compañeros, se estaban volviendo locos? Si aún se encontraran entre nosotros, Felstead y Niemann no se tomarían nada bien que se les plantearan estas impertinentes preguntas. Lo mismo puede decirse del soldado Ernest Williams, del Cheshire Regiment, un veterano de aquel 25 de diciembre que dio su testimonio a la BBC en 1983, veinte días antes de morir: «En un momento dado, quién sabe de dónde, apareció un balón. No hicimos verdaderos

equipos. No fue un partido tal y como hoy lo entendemos. Era más bien una fiesta, y todo el mundo se lo pasó en grande. Había cientos de soldados. Yo también jugué, tenía diecinueve años y era bastante bueno».

Y nosotros, querido Ernest, te creemos. Al igual que creemos a Bertie Felstead y a Johannes Niemann. O por lo menos nos gusta imaginar que un balón de fútbol consiguió ofrecer un paréntesis de serenidad en medio de una tragedia sin límites.

«La mañana del 26 de diciembre», escribe Michael Jürgs en su libro La pequeña paz en la Gran Guerra, «los soldados de ambos ejércitos se encontraban como si estuvieran bajo el efecto de una droga que les hubiera sido administrada durante los dos días anteriores. Una mezcla de música, oraciones, fútbol, conversaciones. No querían saber nada de volver a tomar sus armas y ponerse de nuevo a disparar. Los oficiales reaccionaron entonces, amenazando con abrir fuego, contra sí mismos y contra sus propios hombres, si no obedecían sus órdenes». Esta es la estampa que surge tras la confraternización, tras el intercambio de regalos, tras los partidos de fútbol.

El clima también empeora las cosas: las temperaturas suben, empieza a llover de nuevo. En las trincheras, el nivel del agua vuelve a subir poco a poco, y aparece el problema del barro, que en algunos casos alcanza el metro y medio. Alguien tiene entonces una idea: simular que se ha reanudado la guerra, empuñar los fusiles y disparar, pero no a la altura de los soldados. Se apunta un metro por encima de la cabeza del enemigo. Un subteniente alemán lo denominará «una tentativa conjunta de hacer saltar las estrellas del cielo». También servirá para ralentizar al menos en parte la carnicería.

En enero de 1915 se presentan las primeras denuncias ante los tribunales militares con acusaciones de cobardía frente al enemigo. Muchos de

esos procesos nunca llegarían a celebrarse debido a la muerte del infractor. La guerra duraría cuatro años más, y acabaría provocando más de diez millones de muertos. Para regocijo de aquel cabo austriaco que, ante la tregua navideña, había lanzado una advertencia a sus compañeros del 16º Regimiento de Infantería de Reserva de Baviera: según él, estaba «absolutamente prohibido que soldados alemanes y británicos se dieran la mano y entonaran villancicos». Ese cabo se llamaba Adolf Hitler.